

La pedagogía del derrotado

Una intervención o una respuesta en un noticiero de *prime time* en la televisión no puede durar más de 13 segundos (paradigma CBS), un mensaje escrito no puede tener más que 140 caracteres (paradigma *twitter*), un bloque de cualquier programa en la televisión puede durar de 12 a 20 minutos como máximo (paradigma Fox), un resumen escrito de una situación compleja no puede tener más de 500 palabras (paradigma *Nature*), un cuestionamiento y una profundización sobre un argumento se resume y realiza a partir de un método de *multiple choice* (paradigma TOEFL). Estas situaciones laborales cotidianas constituyen apenas un ejemplo a caso de la manera en que la percepción humana es establecida a partir de la tecnología —cuya consolidación y evolución es impermeable a cualquier tipo de educación tradicional, la cual no educa de manera alguna, sino que deriva constantemente frente a las adquisiciones ya asentadas, en la sociedad o en la familia *d'accueil*. La ausencia de concentración, la falta de atención, la incapacidad de análisis, entre otros aspectos, no es “un problema de educación”. La única real formación individual se realiza fuera de las instituciones escolares y académicas. La verdadera alfabetización contemporánea consiste en fijar y perennizar los gestos, los hábitos y las costumbres establecidas de antemano por la tecnología y sus derivados. El refuerzo de la instrucción *social* en las instituciones escolares da como resultado no una preparación individual a partir de la clase, sino una puesta a disposición del individuo, un consumo interno de las intimidades familiares.

La escuela clásica basada en una perspectiva iluminista no está agotada sólo por un desfase filosófico o cultural, sino también, y más relevante aun, por un vacío social: la sociedad para la cual estas escuelas fueron construidas ya no existe. La noción de escuela como un lugar de formación ciudadana no es sino una utopía macabra cuyo único resultado es la eternización de eso que Harold Bloom (n. 1930) bien llamó la escuela del resentimiento. La única creatividad e ingenio que resta en los individuos es

la que escapa a esta maquinaria de la consciencia vehiculizada por la tecnología, desde los *devices* más simples hasta las redes sociales más sofisticadas. La escolarización tradicional fabrica individuos derrotados que constituyen consumidores excelentes y obedientes miembros de las corporaciones.

La educación tradicional se asentaba sobre un modelo intelectual a cuyo centro se situaba el libro —su formato, su velocidad de lectura, su evolución, sus progresos, su dinámica. La introducción de la tecnología, de las imágenes, de la televisión y el cinematógrafo, han obtenido un grado de desarrollo tal que constituyen una cultura y una educación y, en tanto educación, preceden a la escuela y el aula. Durante la época tradicional la existencia del libro antecede a las escuelas y, en estas condiciones pre-escolares, el libro era una preparación, una promesa, una antesala de aquello que la escuela entendía ofrecer. La tecnología, por el contrario, formatea y acelera los tiempos, las expectativas y la manera en que la consciencia misma funciona. De modo tal que la escuela tradicional libresca no tiene ni los elementos ni la capacidad para afrontar dicha situación, la cual queda librada al consumo como única herramienta de modulación social e individual.

La escuela tradicional, que en su mayoría es la escuela que aun tenemos, se ha transformado en un recipiente de problemas familiares y de logística: aquello que tiene primacía y de lo cual la escuela no logra extraerse constituyen eventos banales, cuestiones familiares o de recursos. La escuela es así un receptor, un contenedor limitado de cuestiones y no ya un elemento rector y paradigmático de las comunidades. Y, sin embargo, políticos y autoridades del Estado, siguen insistiendo en la idea de una ingeniería social centrada en la escuela, como si la escuela pudiera fabricar mejores ciudadanos, solucionar las cuestiones de violencia generalizada o incluso mejorar las propias instituciones del Estado. La noción de la intervención escolar en las sociedades no sólo se basa en un modelo de educación específico, sino en una idea de sociedad determinada: ni una ni otra existen ya en parte alguna.

El fracaso educativo de los individuos reside en su claudicación individual, en el abandono de una formación intelectual como base principal y no negociable en la conformación de una individualidad. El fracaso educativo de los individuos no es, en primera instancia, ideológico, sino administrativo, burocrático. El analfabetismo no es la ausencia de escolarización, sino, por el contrario, la asistencia a la escuela la cual fija las deficiencias educativas y perceptivas del individuo: es la transformación de la educación

en un aprendizaje de logística y en una formación mecanizada de la vida sentimental e intelectual aquello que genera analfabetos que saben leer y escribir, así como usar tabletas y ordenadores portables. El analfabetismo no se basa entonces en saber leer o escribir, no constituye una cuestión cultural o escolar. El analfabetismo es del orden de la administración sincronizada de la conciencia y el intelecto de los individuos. La vehiculación tecnológica es el verdadero elemento revolucionario de la escolaridad y es esta vehiculización aquella que prolonga y expande el colonialismo: por ello no es insólito sostener que cuanto mayor es la asistencia a instituciones escolares, mayor es la dependencia colonial que se afronta.. El analfabetismo contemporáneo es una renuncia a la creatividad, a la libertad de pensamiento, es una resignación a la mediación técnica y a las estructuras corporativas.

Como ya indicara Gilles Deleuze (1925-1995) hace más de 20 años, refiriéndose a la situación social de las sociedades Occidentales, no estamos frente al individuo oprimido, sino frente al individuo endeudado. La idea que la escuela o las instituciones educativas constituyen un aparato que permitiría intervenir en la sociedad y modificar a la misma, así como también intervenir ideológicamente en los individuos, constituye una perspectiva perimida y anacrónica. Los cambios actuales en las sociedades y en las comunidades escapan a la escuela, es más, la escuela está sujeta como nunca a esta evolución y cambios, no es indemne ni ajena. La dinámica comunitaria de los humanos no es ya humana, sino tecnológica y no se ha inventado aun la escuela que permita afrontar este problema. Bajo su presente formato las escuelas e instituciones educativas generan y prolongan una pedagogía del derrotado.

La pedagogía entendida como la metodología que posibilita la formación educativa es una disciplina colonizada por las finanzas, el funcionalismo social extremo y los aspectos cuantitativos del trabajo humano. La pedagogía entendida como actividad intelectual pluridisciplinaria cuyo objeto es la epistemología sobre la que se sustenta el aprendizaje humano en general es un fenómeno puramente histórico que ya no tiene lugar en ningún sitio. La pedagogía del oprimido a cedido lugar la pedagogía del derrotado. La recuperación social, cultural e intelectual a partir de la pedagogía —entendida además como base o condición primordial de toda especulación— que, en resumidas cuentas, era el proyecto de autores como Paulo Freire (1921-1997) o Ivan Illich (1926-2002), en la actualidad funciona de forma revertida: la integración social y cultural pasa por el abandono de todo principio pedagógico o, dicho, con más precisión

por la implementación de una subjetividad determinada y controlada por parámetros tecnológicos, burocráticos y financieros.

La pedagogía del derrotado genera una enseñanza de la pérdida. Se aprehende no a saber perder, a elaborar la pérdida y sus significados, sino a esconderla, a transformarla en un discurso sectario acerca de ganancias y que apunta a modificar dichos significados inconvenientes. El *marketing* convierte a todos los individuos en héroes sin fin, en exitosos ejecutantes de roles corporativos.